

manifiesta bajo la forma de variación de los accidentes en la permanencia de la substancia, lo que sólo es posible por la causalidad ó el *devenir*. Por esto dijimos también que la materia era, en parte, causalidad y expusimos que el entendimiento es lo correlativo de la causalidad en el sujeto, y que la materia (y por tanto el conjunto del mundo como representación) no existe más que para el entendimiento, el cual es su condición, su portador á título de correlativo necesario.

Repito aquí esto para refrescar el recuerdo de lo que expuse en el primer libro, pues es indispensable, para comprenderlos bien, notar la íntima concordancia de los dos libros en que he repartido los dos aspectos inseparablemente unidos del mundo real, á saber: la voluntad y la representación, á fin de estudiarlos lo más cuidadosamente posible; cada uno de ellos con separación del otro.

No estará de más explicar mejor todavía, por medio de un ejemplo, cómo la ley de causalidad no tiene sentido más que en relación con el tiempo y el espacio, y en relación con la materia, que consiste en la unión de aquéllos, pues dicha ley fija los límites dentro de los cuales los fenómenos de las fuerzas naturales se reparten la posesión de la materia, mientras que esas mismas fuerzas, como objetivaciones directas de la voluntad (que, en cuanto cosa en sí, no está sujeta al principio de razón), existen fuera de aquellas formas (tiempo y espacio). Luego sólo dentro de los límites de estas formas puede tener sentido y valor una explicación etiológica, y por consiguiente no puede revelarnos jamás la esencia íntima de la naturaleza.

Representémosnos una máquina cualquiera, construída según las leyes de la mecánica. Pesas de hierro dan impulsión al movimiento por su pesantez; ruedas de co-

bre resisten en virtud de su rigidez, se empujan, se hacen girar mutuamente y hacen obrar á las palancas por su impenetrabilidad, etc. Aquí la pesantez, la rigidez, la impenetrabilidad, son fuerzas naturales primeras é inexplicadas; la mecánica no nos da á conocer más que las condiciones en que se producen, y la manera como obran y como dominan á tal materia determinada, en tal lugar y en tal instante. Un fuerte imán puede obrar sobre el hierro de las pesas y vencer su pesantez; el movimiento de la máquina se detiene entonces, y la materia pasa á ser teatro de otra fuerza natural, el magnetismo, cuya explicación etiológica no nos enseña igualmente más que las condiciones de su aparición. O bien se pueden colocar los discos de cobre de la máquina sobre placas de zinc, separándoles con un líquido acidulado, é inmediatamente esta misma materia de la máquina quedará entregada á la acción de otra fuerza primera: el galvanismo, que la gobernará según sus leyes, y se manifestará en ella con sus fenómenos particulares; aquí tampoco podrá mostrarnos la etiología más que las circunstancias en que esa fuerza se muestra y las leyes que la rigen.

Eleveemos en seguida la temperatura, y hagamos llegar oxígeno puro. Toda la máquina arderá, es decir, una fuerza muy diferente, la fuerza química, hará valer en aquel momento y en aquel lugar sus derechos incontestables sobre esa misma materia, manifestándose como idea, como grado determinado de objetivación de la voluntad. Si el óxido metálico procedente de esta combustión se pone en contacto con un ácido, se formará y se cristalizará una sal, apareciendo así el fenómeno de una nueva idea, también completamente inexplicable, aunque su aparición esté sometida á condiciones que la etiología sabe explicarnos con precisión. Los cristales se

desagregan, se mezclan con otros ingredientes; se eleva una vegetación, y he aquí un nuevo fenómeno de la voluntad. Podríamos perseguir así de un modo indefinido á esta misma materia permanente y contemplar cómo ya una fuerza, ya otra, adquiere derechos sobre ella y la domina para aparecer y manifestar su naturaleza.

La determinación de tales derechos, así como la del lugar del espacio y del instante del tiempo en que pueden ser invocados, nos la da la ley de causalidad, pero ahí termina toda explicación causal. La fuerza misma es fenómeno de la voluntad, y como tal no está sometida al principio de razón; no tiene causa. Se halla situada fuera del tiempo, está presente en todas partes, y, por decirlo así, parece hallarse en perpetua espera de las circunstancias, por virtud de las cuales puede manifestarse, posesionándose de alguna materia determinada y expulsando á la fuerza que reinaba allí hasta entonces. El tiempo no existe más que para su fenómeno, para ella carece de sentido: las fuerzas químicas duermen millares de años en el seno de una materia, hasta que su contacto con los reactivos correspondientes viene á ponerlas en libertad. Entonces aparecen, pero el tiempo no llega más que para su manifestación y no para ellas mismas. Durante miles de años el galvanismo dormirá en el cobre y en el zinc, que reposarán tranquilos junto á la hoja de plata; en cuanto las condiciones necesarias se presenten, esta última se inflamará. Hasta en el mismo reino orgánico vemos á una semilla seca conservar durante 3.000 años la fuerza que radica en ella, y desarrollarse como planta, cuando las circunstancias favorables se presentan. (1)

(1) El 16 de Setiembre de 1840, en el Instituto literario y científico de Londón City, con ocasión de una conferencia sobre las Antigüedades egipcias, M. Pettigren mostró granos de trigo que sir

Si las presentes consideraciones nos han evidenciado la diferencia que existe entre una fuerza natural y sus manifestaciones; si hemos comprendido bien que aquélla es la voluntad misma, en cierto grado preciso de objetivación, y que sólo sus fenómenos son susceptibles de multiplicidad en virtud del tiempo y del espacio, y que la ley de causalidad no es más que la expresión del lugar que corresponde á las manifestaciones aisladas en esas formas de la intuición, reconoceremos la perfecta verdad y el profundo sentido de la teoría de Mallebranche sobre las «causas ocasionales.» Es conveniente comparar esta doctrina tal como la expone en sus «Investigaciones de la verdad,» sobre todo en el tercer capítulo de la segunda parte del libro VI y en las aclaraciones anejas á este capítulo, con la exposición que acabo de hacer, y resulta

G. Wilkinson había encontrado en Tebas en una tumba, en la cual debieron de permanecer por espacio de treinta siglos. Estaban contenidos en un vaso herméticamente cerrado. Sembró doce y obtuvo una planta que llegó á la altura de cinco pies, y cuya semilla se hallaba en aquel momento perfectamente madura. (*The Times* del 21 de Setiembre de 1840.) Asimismo, Mr. Haulton presentó á la Sociedad médico-botánica de Londres, en 1830, una raíz bulbosa, encontrada en la mano de una momia egipcia (probablemente era alguna ofrenda), y que debía por consiguiente tener por lo menos 2.000 años. La plantó en un tiesto, arraigó y se veía ya entonces el tallo verde. Este hecho, tomado del *Medical Journal* de 1830, lo refiere el *Journal of the Royal Institution of Great Britain*, Octubre de 1830, p. 196.—«En el huerto de Mr. Grimstone, del Jardín botánico, Highgate, Londres, se encuentra en plena fructificación una mata de guisantes, procedente de un grano tomado por Mr. Pettigren y los empleados del Museo Británico de un vaso que se encontró en un sarcófago egipcio, donde debía de estar encerrado desde hacía 2.844 años. (*Times* del 16 de Agosto de 1844.) Hasta se han encontrado sapos vivos aprisionados en piedras calcáreas; lo cual permite suponer que también la vida animal es susceptible de una suspensión semejante por espacio de siglos, cuando ha comenzado por la invernación y ha sido conservada por circunstancias particulares.

interesante observar la entera concordancia que presentan ambas teorías, con ser tan grande su divergencia en la marcha de los pensamientos. Es de admirar cómo Mallebranche, embarazado por los dogmas positivos que le imponía irresistiblemente su época, pudo, sin embargo, á pesar de los lazos que le ataban, hallar tan felizmente y con tanta exactitud la verdad, que supo aliar con aquellos mismos dogmas, ó por lo menos con su lenguaje.

El poder de la verdad es mucho más fuerte de lo que se cree; su tenacidad indecible. Encontramos múltiples vestigios de ella en todos los dogmas, hasta en los más extravagantes y en los más absurdos, en las épocas y en los países más diferentes; muchas veces la hallamos en singular compañía y en extraña amalgama, pero visible, con todo. Es como una planta que crece entre un montón de toscas piedras, pero que sin embargo, trepa hacia la luz, con esfuerzos enormes, dando rodeos, describiendo curvas sin número, deformada, pálida, enfermiza; pero dirigiéndose siempre hacia la claridad. Mallebranche tenía razón; toda causa natural no es más que causa ocasional; no da más que ocasión ó impulso al fenómeno de esa voluntad una é indivisible que es la esencia en sí de todas las cosas, y cuyas graduales objetivaciones constituyen el conjunto del mundo visible. La aparición, la visibilidad en un lugar y en un momento determinados es lo único que produce la causa y lo único que depende de ella; el conjunto del fenómeno, su naturaleza íntima, es independiente; es la voluntad misma, á la cual no es aplicable el principio de razón, y que por tanto no tiene causa. Ninguna cosa tiene una causa absoluta y general de existencia, sino simplemente una causa por la cual existe aquí ó allá, en éste ó en el otro momento. Lo que de-

pende de causas, de acciones exteriores y lo que éstas pueden explicar, es porque una piedra manifiesta en tal instante pesantez y en otro rigidez ó electricidad; pero esas propiedades de la piedra, es decir, su entidad que se compone de tales propiedades y que se manifiesta de tan diferentes maneras, el hecho de ser como es y en general el hecho de que exista, no tienen causa; son la manifestación visible de la insondable voluntad.

Toda causa es, pues, causa ocasional. Hemos visto que esto es verdadero respecto del mundo inconsciente, pero también lo es allí donde no son las causas ó las excitaciones, sino los motivos, los que determinan el momento en que se manifiestan los fenómenos; en otros términos, aquello es igualmente verdadero respecto de la conducta humana y de los actos de los animales. En una y otra esfera es una misma manifestación, múltiple en sus fenómenos, sometida en lo tocante á éstos al principio de razón, pero en sí emancipada de él. Los motivos no determinan el carácter del hombre, sino sus manifestaciones, es decir, los actos, la forma exterior del curso de su existencia y no su significación íntima y su substancia; éstas provienen del carácter, que en su calidad de fenómeno inmediato de la voluntad, no tiene causa. ¿Por qué unos son malos y otros buenos? Esto no depende de motivos ni de influencias exteriores, de preceptos ni de sermones; en tal sentido es absolutamente inexplicable. Pero cuando el malo muestra su malignidad en iniquidades pequeñas, en cobardes intrigas, en bajos engaños ejercidos en el estrecho círculo de lo que le rodea, ó cuando oprime los pueblos que ha conquistado ó precipita al mundo entero en la desgracia y hace correr la sangre de millares de hombres, ésta es entonces la forma del fenómeno, su parte accidental, que depende de las circunstancias en medio de las cuales ha

colocado la suerte al individuo, del medio, de las influencias exteriores, de los motivos; esa decisión nace de la voluntad de que aquel hombre es manifestación. Esto formará el asunto del libro 4.º.

La manera especial de revelar sus condiciones de carácter, es análoga por completo á la que tienen todos los cuerpos de la Naturaleza de desenvolver sus propiedades. El agua es siempre agua con todas sus cualidades inherentes; si como lago tranquilo refleja sus orillas, ó se precipita espumoso desde lo alto de las rocas, ó si artificialmente conducida se lanza en alto surtidor por los aires, esto depende de las causas exteriores; cada uno de estos fenómenos le es tan propio como los demás, y según las circunstancias manifestará uno ú otro, igualmente dispuesta para todos, pero permaneciendo siempre fiel á su carácter, y no revelando jamás otro alguno. Así también el carácter humano se mostrará siempre, en todas las circunstancias, semejante á sí mismo; sólo los fenómenos serán tales como las circunstancias los hayan hecho.

§ 27.

Si las consideraciones expuestas hasta aquí sobre las fuerzas de la Naturaleza y sus manifestaciones, nos han hecho comprender claramente hasta qué límite puede llegar una explicación basada sobre las causas y donde debe detenerse si no quiere llegar á la absurda pretensión de reducir el contenido de los fenómenos á su pura forma, de donde resultaría que todo era forma vana y nada más, entonces nos permitirán también dichas consideraciones comprender lo que podemos exigir de la etiología en general.

La etiología debe investigar las causas de todos los

fenómenos naturales, ó sea estudiar las circunstancias en las cuales se manifiestan constantemente; en seguida debe reducir esos fenómenos de formas variables debidas á diversas circunstancias á lo que obra en todos, y se admite por hipótesis en toda causa, á saber, á una fuerza natural primitiva. Debe distinguir cuidadosamente si una diferencia en el fenómeno resulta de una diferencia en la fuerza, ó solamente de una modificación de las circunstancias en las cuales se manifiesta esta última. En fin, debe evitar el atribuir á fuerzas diferentes lo que es fenómeno de una sola fuerza, cuyas circunstancias son lo único que ha variado, é igualmente el tomar por manifestaciones de una misma fuerza lo que pertenece por su origen á fuerzas diferentes.

Para llegar á esto se necesita criterio; por eso hay tan pocos hombres que puedan ampliar las teorías de la Física, mientras que cualquiera puede acrecer el caudal de los experimentos. La pereza y la ignorancia predisponen á recurrir demasiado pronto á las fuerzas primitivas, como se ve con una exageración que raya en la ironía, en las entidades y *quiddidades* de los escolásticos. Nada tan lejos de mis deseos como haber contribuído á la reproducción de estos abusos. Para reemplazar una explicación en Física no se debe referirla á una objetivación de la voluntad, como tampoco á la potencia creadora de Dios. La Física exige causas, pero la voluntad no es jamás una causa, y su relación con el fenómeno no se funda sobre el principio de razón; lo que en sí es voluntad, por otra parte se manifiesta como representación, es decir, como fenómeno; bajo este último aspecto se hallan sometidas las cosas á las leyes que constituyen las formas del fenómeno, y entonces todo movimiento, por ejemplo, aunque es siempre manifestación de la voluntad, debe tener una causa que lo explique, pero sólo con

relación á un tiempo y á un espacio determinados, es decir, no de una manera general, no tal como en sí es, sino como fenómeno *aislado*. Esta causa será mecánica respecto de la piedra; será un motivo respecto de los movimientos del hombre, pero jamás faltará la causa. Por el contrario, lo que hay de general, de esencial y de común á todos los fenómenos de una especie determinada, el principio cuya hipótesis es lo que da sentido y valor á la explicación causal, es la fuerza general de la Naturaleza que en Física debe permanecer en el estado de *qualitas occulta* porque es el límite donde acaba la explicación etiológica y donde comienza la explicación metafísica.

Más no resulta de ahí que una fuerza primera, á la cual nos reframos, rompa el encadenamiento de las causas y los efectos; la cadena no se remonta á esa fuerza como á su primer anillo; todo eslabón, así el más próximo, como el más remoto, supone ya la fuerza primitiva y no podría explicar nada de otra suerte. Una serie de causas y de efectos puede ser la manifestación de las fuerzas más diferentes, cuya aparición visible y sucesiva regula aquella serie, como antes lo he mostrado en el ejemplo de la máquina de metal; pero la diversidad de estas fuerzas primitivas que no pueden deducirse unas de otras, no interrumpe la unidad de la serie de las causas, ni el encadenamiento de todos sus anillos.

La etiología de la Naturaleza y la filosofía de la Naturaleza no se perjudican mutuamente; marchan paralelas y consideran el mismo objeto desde puntos de vista diferentes. La etiología da á conocer las causas que han producido con necesidad el fenómeno aislado que se trata de explicar, y, como base de todas sus explicaciones, indica las fuerzas generales que están en acción en el fondo de todas esas causas y efectos; determina de una

manera precisa su número y sus diferencias, y muestra los distintos efectos que cada fuerza puede producir en razón de la diversidad de las circunstancias, sin perjuicio de permanecer fiel á su carácter especial y de desarrollarlo según una infalible regla denominada *ley natural*.

Cuando la Física haya realizado esto de una manera perfecta desde todos los puntos de vista, habrá llegado al colmo de su perfección; no habrá entonces fuerza alguna desconocida en el mundo inorgánico, ni efecto que no manifieste ser el fenómeno de alguna de esas fuerzas, fenómeno que se hace visible en circunstancias precisas y de conformidad con una ley natural.

Más con todo esto, una ley natural no deja de ser una simple regla que la observación ha sorprendido en la Naturaleza, y según la cual procede ésta cada vez que se presentan determinadas circunstancias: así, se la puede definir diciendo que es un hecho generalizado; por consiguiente, una exposición de todas las leyes naturales no sería en definitiva más que un registro completo de los hechos.

El estudio del conjunto de la Naturaleza se completa con la *morfología*, que enumera las formas permanentes del mundo orgánico, las compara y las clasifica; puede decir poco sobre la causa de la aparición de los individuos, que para todos es la generación y forma una teoría aparte; en algunos raros casos esta causa es la *generatio æquivoca*. En esta última categoría entra también, en rigor, la manera que tienen de aparecer aisladamente los grados inferiores de objetivación de la voluntad, es decir, los fenómenos físicos y químicos, y precisamente, el objeto de la etiología es indicar las condiciones de estas apariciones.

La filosofía, por el contrario, no mira en todas partes

(y por consiguiente en la Naturaleza) más que lo general; las mismas fuerzas primordiales están comprendidas en su objeto; reconoce en ellas los diferentes grados de objetivación de la voluntad, la cual forma la esencia íntima del mundo, lo que es *en sí*.

Cuando la filosofía estudia al mundo, haciendo abstracción de la voluntad, afirma que no es más que representación del sujeto. Pero cuando la etiología, en lugar de servir de introducción á la filosofía y de suministrarle testimonios de experiencia en apoyo de sus doctrinas, se cree llamada á negar todas las fuerzas primeras, salvo una sola, la más general, v. gr., la impenetrabilidad, que se figura comprender á fondo, y á la cual trata de reducir todas las otras, entonces se priva á sí misma de su fundamento, y no puede producir más que errores en lugar de verdades.

La substancia de la Naturaleza es reemplazada por su forma, se atribuye todo á la influencia de las circunstancias y nada á la esencia íntima de las cosas. Si efectivamente pudiera lograrse esta empresa, un simple problema de cálculo bastaría para resolver el enigma del universo. Tal es el camino que se sigue cuando se quiere reducir toda acción fisiológica á la fuerza y á la combinación, como por ejemplo, á la electricidad, y ésta á las acciones químicas, que á su vez lo son á las mecánicas. Esta última teoría fué el error de Descartes y de todos los atomistas, que reducían el movimiento de los cuerpos celestes al choque de un flúido, y las cualidades á la combinación y á la forma de los átomos, y se esforzaban en presentar todos los fenómenos de la Naturaleza como meros efectos de la impenetrabilidad y de la cohesión. Aunque estas opiniones han sido abandonadas, siguen el mismo camino, sin embargo, nuestros fisiólogos modernos, que lo reducen todo á las leyes de

la electricidad, de la química, de la mecánica, y se obstinan en querer explicar la vida y todas las funciones del organismo por la forma y la combinación de las partes de que se compone. En los *Archivos Fisiológicos*, de Meckel (1820, vol. II, pág. 185), hallamos expuesta la opinión de que el fin de la explicación fisiológica es reducir la fuerza orgánica á las fuerzas generales que forman el objeto de la Física. También *Lamarck*, en su *Filosofía Zoológica*, vol. II, cap. III, afirma que la vida es simplemente un resultado del calor y de la electricidad: *El calórico y la materia eléctrica bastan perfectamente para componer juntos esta causa esencial de la vida*, (pág. 16). Según esto, el calórico y la electricidad serían la cosa en sí, y tendrían por fenómeno á la vida animal y vegetal. Lo que hay de absurdo en esta manera de ver las cosas, resalta en las páginas 306 y siguientes de la misma obra. Sabido es que todas estas teorías, tantas veces renovadas, han reaparecido recientemente con nueva audacia. Examinándolas de cerca, se adquiere la convicción de que están fundadas sobre la hipótesis de que el organismo no es más que un agregado de fuerzas físicas, químicas y mecánicas, que reunidas por el azar, le han producido como un juego de la Naturaleza, sin mayor importancia.

Por consiguiente, el organismo del hombre ó de un animal, considerado desde el punto de vista filosófico, no sería la representación de una Idea especial, es decir, no sería él mismo objetivación directa de la voluntad en un grado superior determinado, sino que las Ideas que objetivan la voluntad en los fenómenos eléctricos, químicos y mecánicos serían lo que se representara en el organismo; éste resultaría compuesto por la conjunción de aquellas fuerzas tan accidentalmente como las figuras de hombres ó de animales que á veces toman las nu-